—No preví, señor, que aquel perro se iba á encargar de revelarlo.

—¿Y queriais ser vos solo el dueño de la suerte del asesino?

El duque bajó al suelo los ojos, y el príncipe continuó:

—Estad persuadido, señor duque, que sé cuanto concierne á mi persona . . .

—Señor. . . .

—Sé que el veneno se preparó por maesse Genaro, el sabio químico de la torre de los *tres cipreses;* sé que hablásteis con él aquella noche, y que os entregó un papel escrito. Repito que todo lo sé.

—Señor. . . .

—No hablemos mas sobre el asunto, y responded á una pregunta. ¿Sabeis por qué los diputados, los gefes del pueblo y los nobles conspiran contra mí? ¿Qué causas les he dado, ó qué pretesto? ¿No he condescendido á las peticiones de los primeros? ¿No he hecho mercedes á los segundos? ¿No honro á los terceros tratándolos con amabilidad y distincion? ¿Qué quiere el pueblo de Brabante, ó mejor dicho, el de Bruselas, del gobernador general?

El duque guardó triste silencio.

—¿No quereis responderme, duque?

—¿Qué puedo decir á V. A.?

—Lo que creais en vuestra conciencia, sin adularme ni dudar.

—Quisiera ser franco, señor.

—Y yo deseo que lo seais.

—El pueblo de Bruselas, señor, ha recibido mil favores de V. A.; los partidos han recibido mil mercedes del gobernador general, y son injustos, muy injustos en sus ecsigencias y en sus tramas. Solo el alma noble y elevada del hermano de Felipe II, podria hacerse superior á las miserias y á los crímenes de los partidos; pero V. A., magnánimo. . . .

—Por Dios, duque. Estais haciendo mi panegírico, y yo he preguntado solamente qué motivo de queja tienen las quince provincias, y particularmente Bruselas, contra el gobernador Juan de Austria.

—Queria probar, señor, que ni las provincias ni los partidos tienen un motivo fundado.

—¿Pues entonces, duque, por qué me mortifican y me acosan?

—Porque esplotan un fútil pretesto.

—Decidlo, duque.

—Desean que aleje V. A. sus concejeros españoles.

El austriaco se levantó, dió algunos pasos por la cámara; y parándose delante del duque, que tambien se habia levantado, le dijo con calma glacial.

—El mismo dia en que me recibieron por gobernador de las provincias, se presentaron en esta cámara, á hora avanzada de la noche, el baron de Hesse y el conde de Lalain, trayendo una peticion bastante larga de los estados generales. Esta peticion, redactada con acuerdo de todos los partidos, menos el del príncipe de Orange; empezaba diciendo: "Pedimos que aleje de su compañía á cuantos estrangeros le rodean para que mal no le aconsejen;" y yo contesté de palabra: "Los pueblos de Flandes no tienen nada que temer de los poquísimos estrangeros que se agrupan á mi al rededor. Pocos son, señores, muy pocos; podeis contarlos si quereis. Juan de Escobedo mi secretario; Octavio Gonzaga, mi amigo; Andrés de Prada, Juan Bautista de Tarsis y una docena de criados." Esto dije á los comisionados de los estados generales; y como en vos, duque de Ariscot, tengo mucha mas confianza, añadiré: que hay en Bruselas un corto número de personas particularmente interesadas en que aleje á los estrangeros, porque piensan sustituirlos y gobernar á su albedrío á la sombra del gobernador. Si alguna vez, duque de Ariscot, os acercais á esas personas, podeis decirlas en mi nombre, que se afanan mucho por empresa de muy pequeños resultados. Decidles, que Juan de Escobedo es mi secretario solamente; que Octavio Gonzaga es un amigo nada mas. Decidles tambien, que yo mando por mi voluntad y en mi nombre; que no deseo permanecer en el puesto que me ha señalado el rey de España, pero que nadie mandará en las quince provincias unidas siendo yo su gobernador.

El duque se mordió los labios y guardó profundo silencio: el príncipe empezó á pasearse poco dispuesto á interrumpirlo; pero Gonzaga apareció pálido y con el cabello erizado, á dar nuevo giro á la escena.

—¿Qué traes, Octavio? dijo el príncipe viéndolo llegar en tal desórden.

—Miedo, señor; replicó Gonzaga con voz entrecortada y ronca.

—¿Miedo un hombre que tiene espada? ¡Vive Dios, Gonzaga, que estás loco!

—No puedo negarlo, señor; estoy temblando como un azogado, y casi me falta la voz.

—¡Vive Dios que no te conozco!

—Gonzaga raya en temerario; dijo el duque, y cuando tan aterrado está, no será con leve motivo.

—Tranquilízate un poco, Octavio, y cuenta lo que ha sucedido.

—Entré, señor, por casualidad en la gruta de la Magdalena. . . .

Don Juan se colocó apresuradamente de modo que no pudiera verlo Ariscot, y poniéndose el dedo sobre los labios, indicó á Gonzaga que no debia contar delante del duque lo que le hubiese sucedido. Octavio comprendió la seña del príncipe, y cobrando con ella la suficiente sangre fria para desempeñar el papel que le era fuerza representar, prosiguió, como un hombre que se amedrenta al solo recuerdo del peligro.

—Lo pintoresco de aquel paraje me convidó á tomar reposo, y reclinado al borde de uno de los muchos arroyos que en todas direcciones la cruzan, me quedé dormido al momento. Entre sueños oí un recio silbido que me hizo estremecer; despues oí otro mas recio aún, y abrí los ojos espantado: en aquel instante una enorme sierpe se deslizaba junto á mí.

—¡Cáspitas! dijo el duque; no hay duda que el susto fué mas que mediano.

—A su vista dí un grito espantoso; me levanté de un salto, y ví al mónstruo que saliendo pausadamente de la gruta, fué á perderse entre los bosquecillos del parque.

—De poco te asustas, Gonzaga; dijo el príncipe con desden.

—Me parece que despertarse en tan amable compañía asusta á cualquiera, señor.

—Tú eres dueño, replicó el príncipe, de tener cuanto miedo quieras, que yo no te lo impido, Octavio; pero me olvidaba por tu culpa de mis quehaceres. ¿Deciamos, duque, que estarian prontos los mosqueteros de mi guardia á las doce?

—Así lo ha mandado V. A., y voy á comunicar sus órdenes.

—Me parece bien, amigo duque.

El capitan de guardias salió, y acercándose el príncipe á Octavio, le preguntó con gran misterio:

—¿Qué has visto, Gonzaga, qué has visto?

—Nada, señor; pero oí palabras que ahora comprendo claramente, y entonces me aterrorizaron.

—Repítelas.

—Oí, señor, una voz de muger, que dijo: "Despierta, Gonzaga, despierta; sube á la cámara del príncipe, y encárgale que sea prudente no despreciando los consejos que le dén personas estrañas." Estas palabras fueron repetidas por el lúgubre eco de la gruta, y, lo confieso, me asustaron; pero tranquilizado con la seña que me dirigió V. A., supe forjar la fábula que ha oido el señor duque de Ariscot.

—¿Nada mas oiste?

—Nada mas. ¿Qué infiere de ello V. A?

—Que piensan tenderme algun lazo en la fiesta de hoy.

—No lo dudo; y ruego á Dios me dé paciencia, porque á la verdad ya me falta.

—Cumplirás, Octavio, mis órdenes.

—Verse insultado, escarnecido por la mas infame canalla, y guardar silencio, es superior á las fuerzas de un caballero.

—Gonzaga, tambien á mí me insultan los mismos que colmo de favores, y sin embagro sufro y callo.

—¿Cuándo saldrémos de Bruselas?

El príncipe meció la cabeza con inesplicable amargura, recorrió la estancia á largos pasos, y parándose de repente, dijo á Gonzaga con voz ronca:

—Pocas hojas quedan á la oliva.

CAPITULO XI.

EL REY DEL BLANCO.

Entre todas las plazas de Bruselas se distingue la del Arenal por su magnitud, y tambien por estar destinada á los festejos populares. En la época que mencionamos, todas las ciudades de los Paises Bajos concedian premios de gran valor á los que triunfaban en el juego del blanco, conocido con la palabra *Pappegot*, y Bruselas, rica y poderosa, estremaba sus agasajos hácia el héroe de tan gran fiesta.

En tanto que D. Juan de Austria se disponia para acudir á la invitacion del ayuntamiento, toda la poblacion de Bruselas, y gran parte de la de las ciudades inmediatas, se reunia en la plaza del Arenal para presenciar el espectáculo que de antemano habian dispuesto. Muy acostumbrados estaban todos los pueblos del Bravante á este género de funciones, y sin embargo crecia su ardor al simple anuncio, como el de un caballo de batalla al lejano son del clarin.

En el testero occidental y los dos costados de la plaza se levantaba una numerosa gradería, en forma de herradura, que llegaba hasta los balcones principales, y era capaz de contener treinta mil personas sentadas. En el centro de esta gradería habia un estrado, tapizado de ricas alfombras de Persia, cubierto con un toldo de damasco azul bordado de estrellas de plata, adornado con colgaduras de la misma tela y color, con estrellas y con anchos flecos de plata. Prócsimo al antepecho se veia un sillon de terciopelo carmesí, y á su espalda varios escaños de la misma tela y color.

Delante de este rico estrado, y á pocos pasos de la grada, habian colocado tres bancos, forrados tambien de terciopelo, y guardados por dos mosqueteros de las compañías de la ciudad. En el testero oriental de la misma plaza, estaba clavado un alto mástil: en su estremo superior tenia un triángulo, muy parecido al que forman los tenebrarios, y en este triángulo colocadas siete palomas de carton de muy diferentes tamaños; siendo la mas pequeña la que ocupaba el ángulo superior, y las mas grandes las de los dos ángulos inferiores. Al pié del mástil habian colocado un gran armario de nogal, guardado por dos mosqueteros como los bancos referidos.

A las once de la mañana presentaba aquel inmenso anfiteatro el mas variado panorama y el mas complicado mosáico que se pudiera concebir. Lo formaban treinta mil personas, vestidas con el mayor lujo y con los pintorescos trages propios del siglo diez y seis. En varias líneas se dividia este gran cuadro: formaban las unas los tocados de las mugeres y los sombreros de los hombres; otras los encendidos rostros de los treinta mil circunstantes; y otras las trusas de dos colores, los coletos, ropillas, medias, sayas y corpiños de tan confusa muchedumbre. Todos los balcones y ventanas de aquel anchuroso recinto, estaban tambien ocupados por las damas mas elegantes y mas hermosas de la ciudad; descubriéndose en un balcon bastante prócsimo al estrado y perteneciente á la posada de Jorge Matren, la seductora hija del armero.

A las once y media se presentaron tres personages, vestidos con ropones carmesíes y precedidos por una especie de maceros, armados con soberbios arcos de plata. Estos personages se dirigieron á los bancos, conservando los rostros cubiertos, y tomaron asiento en el que daba la espalda al estrado. Eran los jueces que debian adjudicar el premio.

Apenas sentados los jueces, aparecieron de improviso por varios parages de la plaza un cierto número de hombres, que se dirigieron á los dos bancos que habian quedado desocupados, y tomaron asiento sin pronunciar una palabra. Eran los as-

pirantes á los premios que se habian de adjudicar en breve.

A las doce en punto se oyó una música militar, y desembocó en la plaza una compañía de mosqueteros de la ciudad con sus uniformes de gala: inmediatamente venia D. Juan de Austria, vestido á la flamenca, entre el burgo-maestre y sub-burgo-maestre: seguido del ayuntamiento, diputados de las provincias, concejos, chancillería y nobles. El duque de Ariscot cerraba la marcha con los mosqueteros del príncipe.

Era la primera vez que el austriaco se presentaba vistiendo el trage del pais, y esta demostracion de simpatía hácia los pueblos de Brabante fué recibida con aplausos. D. Juan saludó cortesmente á aquel numeroso concurso, y adelantándose con marcialidad y donaire, subió la gradería del estrado, magníficamente alfombrada; y saludando otra vez al concurso, tomó asiento entre nuevas aclamaciones. El burgo-maestre, sub-burgo-maestre y regidores se sentaron en el banco inmediato prócsimo al príncipe, y en los demás bancos lo restante de la comitiva, quedando de pié, al lado del gobernador, el duque de Ariscot, Gonzaga, Escobedo y Tarsis, vestidos tambien á la flamenca.

A los aplausos y los vivas se siguió un profundo silencio, y todos los ojos se fijaron en el ilustre capitan, cuya frente altiva y laureada destellaba la magestad del nacimiento y las victorias. Gonzaga se inclinó hácia el príncipe y le dijo bastante quedo:

—¿Sabe V. A. cuál es la posada de Jorge Matren?

—Sí, Gonzaga.

—Fije V. A. la vista en el balcon principal.

El príncipe miró unos segundos, arrugó un poco el entrecejo, y dijo:

—Nada encuentro notable.

—¿No ha reparado V. A. en aquella jóven que mira obstinadamente al estrado?

—Sí.

—Es la hija de maese Cornelio Estraten.

—¿Y qué?

—No ha parecido á V. A. una muger encantadora?

—No es fea.

—Señor, dijo el burgo-maestre llamando la atencion del príncipe, cuando V. A. crea oportuno puede hacer la señal para que principie la funcion.

—Al instante, señor burgo-maestre.

El príncipe hizo la señal, y el mas anciano de los jueces, que ocupaba la presidencia, dijo:

—Todos los que aspiren al premio, que vayan entregando sus nombres.

Los aspirantes se levantaron, se acercaron al presidente, y le entregaron unas tablitas de marfil, que fué depositando en una pequeña urna de cedro. Los aspirantes se retiraron, el presidente agitó la urna, para que las tablitas se confundieran y mezclaran, y despues de haberlo efectuado, sacó la primera, y leyó: *Roberto Periander;* y entregó la tablita al juez que estaba á su derecha. Sacó en seguida la segunda, y leyó: *Santiago Fabré;* en la tercera, *Gilles Cantiprat;* en la cuarta, *Tomás Royenbeschs;* en la quinta, *Juan Tserroclofs;* en la sesta, *Cornelio Marting;* y en la séptima, *Guillermo Matren.* Al oir este nombre, D. Juan dió leves muestras de digusto, y Gonzaga, que se habia propuesto servir al príncipe de *cicerone,* le dijo:

—Ese que acaban de nombrar es hijo de Jorge Matren, célebre posadero de esta plaza, y futuro esposo de María.

—¿Y qué?

—Parece que su matrimonio se verificará muy en breve.

—¿Y qué me importa, Octavio Gonzaga, el matrimonio de Maria?

Gonzaga se inclinó con respeto, y el príncipe se mordió el labio quedándose meditabundo.

Los tres jueces se levantaron, y precedidos de sus maceros y seguidos por los aspirantes al premio, se dirigieron reposadamente al pié del mástil. El presidente sacó una llavecita de plata, la aplicó á la cerradura del armario, y despues de abrirlo, ordenó al juez de la derecha que desempeñara sus funciones. Este se aprocsimó al armario, sacó un arco, barnizado de color de rosa, y lo entregó á Roberto Periander, el primero de los aspirantes, segun el órden de las tablitas. Inmediatamente tomó otro arco barnizado de azul, y lo entregó á Santiago Fabré; entregó el tercero carmesí á Gilles Cantiprat, y los restantes á los otros cuatro campeones; siendo el cuarto verde, blanco el quinto, morado el sesto y el séptimo color de oro. El juez de la izquierda se adelantó entonces, sacó del armario siete flechas, de los mismos colores que los arcos, y las fué entregando á los contrincantes por el órden de preferencia que habian sacado en el sorteo. Terminada esta operacion, retrocedieron cien pasos contados, hasta un parage en el cual estaban colocadas siete losas de mármoles de diversos colores: el presidente sitió á cada uno de los campeones sobre una losa, las cuales estaban puestas en línea recta, distando dos varas entre sí. Despues tomó un libro de tafilete verde, que le presentó uno de los maceros, y dirigiéndose á los aspirantes, leyó:

"Reglas que deben observarse en la solemne fiesta del *Pappegot,* dictadas en el año de 1372 por Wenceslao, duque de Brabante, y confirmadas por los duques sus sucesores.

1.ª El dia 19 de Mayo de cada año tendrá lugar la gran fiesta del *Pappegot* en la plaza del Arenal, la mas estensa de Bruselas y la mas cómoda por lo tanto para los regocijos públicos.

2.ª Se levantará de antemano un espacioso anfiteatro, capaz de contener al menos, treinta mil personas sentadas. En el centro de este anfiteatro se pondrá un estrado magnífico: en él tomarán asiento el duque, presidente nato de los juegos; el ayuntamiento de la ciudad, los embajadores estrangeros y demás personas notables, á quienes el duque ó el ayuntamiento en su nombre dispense un tan alto honor.

3.ª Se colocarán á corta distancia del estrado tres escaños forrados de terciopelo carmesí: en el del centro se sentarán tres jueces nombrados al intento, pertenecientes á los tres brazos del Estado: los cuales llevarán cubiertos los rostros, ejerciendo las funciones de presidente el mas aventajado en edad. En los otros dos escaños restantes tomarán asiento todos los aspirantes al premio.

4.ª A invitacion del presidente entregarán los aspirantes sus nombres escritos en unas tablillas de marfil; aquel los pondrá en una pequeña urna de cedro, y despues de moverlos bien, los irá sacando uno á uno y leyéndolos en alta voz hasta completar el número de siete: quedando los demás escluidos.

5.ª Terminada esta operacion se dirigirán á un gran armario, colocado al pié del *Pappegot,* y cada uno de los campeones recibirá de mano de los jueces un arco y una flecha, pintados de siete distintos colores.

6.ª Inmediatamente retrocederán hasta siete losas clavadas á cien pasos del *Pappegot,* y cada uno de los campeones ocupará el lugar que le corresponda segun el órden del sorteo.

7.ª Llegado el caso de disparar, lo hará el que salió primero á cualquiera de las seis palomas laterales del *Pappegot,* pero de ningun modo á la del centro; pues si lo hiciere se le contará como si hubiera errado el tiro y será escluido de la suerte. Los demás seguirán disparando á las mismas palomas, y si ninguno errase el tiro, se abstendrá de tirar el séptimo y procederá á un segundo sorteo.

8.ª Si algunos errasen el tiro serán escluidos inmediatamente, y procederán los restantes, por el órden de preferencia que tuvieron en el sorteo, á acertar á las palomas laterales que hayan quedado; y si todas son derribadas, se guardarán las reglas prescritas en el artículo anterior, quedando escluidos de la competencia los que hayan errado sus tiros.

El presidente cerró el libro y dirigió á los campeones este corto razonamiento:

—Hemos cumplido literalmerte varias de las reglas prefijadas por Wenceslao, duque de Brabante, y muy en breve quedarán cumplidas las demás: pero antes de disputar el premio debeis conocer las razones que tuvieron para instituirlo nuestros sabios antepasados. No juzgueis, señores, que esta fiesta es un libiano pasatiempo; es, todos los ancianos los saben, una gran fiesta nacional. Nuestros valerosos abuelos conquistaron, espada en mano, el suelo, el aire y el hogar, y juzgaron justo que sus nietos se distinguieran como ellos en el ejercicio de las armas; por eso fundaron esta fiesta, cuyo orígen queda perdido en la mas remota antigüedad; por eso concedieron premios á los mas diestros en el manejo de nuestras flechas homicidas. Ya veis si el objeto fué santo: ya veis con cuanta razon deben envanecerse los que triunfen en esta gran fiesta nacional.

El juez terminó su discurso, los siete campeones se dirigieron á varios puntos de la plaza, se inclinaron galantemente ante sus amadas, recibieron de cada una un lazo del mismo color que las flechas, y, despues de haberlos sujetado á ellas, volvieron á ocupar los puestos que les habian señalado los jueces; quedando estos á espalda de los campeones. Roberto Perandier, á quien correspondia de derecho tirar el primero, armó su arco, apuntó á la primera paloma de la izquierda, y fué su tiro tan certero, que vino al suelo atravesada, entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre. Santiago Fabré asestó á su vez, apuntó cuidadosamente á la paloma de la derecha, disparó, y su flecha, mal dirigida, fué á perderse sin tocar el blanco, y entre los gritos y carcajadas de los descontentos espectadores. Santiago se alejó corrido y Gilles Cantiprat disparó á la misma paloma con tal suerte que, atravesándola por el cuello, la hizo volar un largo trecho unida con la aguda flecha. Los víctores se reprodujeron: Tomás Royenbuchs, tan feliz como su antecesor, atravesó la segunda paloma de la izquierda, arrancando nuevos aplausos. Juan Tserroclofs y Cornelio Matiny dispararon segun su turno; pero desgraciados los dos no lograron tocar el blanco y abandonaron la palestra pesarosos y avergonzados. Tres de los siete campeones estaban fuera de combate, y el público esperaba impaciente la suerte de Guillermo Matren, último de los aspirantes á premio de tanto valor. El hijo del rico posadero armó pausadamente el arco, dirigió una mirada á María y, apuntando á la paloma de la derecha, disparó tan certero tiro, que la derribó atravesada, haciendo mas efecto su triunfo en consideracion á las derrotas de sus prócsimos antecesores.

La primera prueba redujo el número de los campeones, y los cuatro mas animosos se dispusiron á la segunda, despues de recojer sus flechas para volverlas á lanzar.

Disparó Roberto Peradier segunda vez; pero, menos feliz que la anterior, su flecha se clavó en el mástil, quedando por tanto escluido de la tercera y última prueba. El público no dió señales de desaprobacion ni desprecio, porque Roberto habia manifestado poco antes su buena puntería y destreza. Gilles Cantiprat, mas feliz, derribó la paloma de la izquierda, Tomás Royembuchs erró el tiro, y Guillermo Matren, que de nuevo llamó la atencion del concurso, disparó con buena fortuna, derribando la última paloma de la derecha. Los aplausos de la muchedumbre fueron mas vivos y entusiastas, dividiéndose las simpatías entre aquellos dos campeones, que habian recogido sus flechas y se preparaban orgullosos á la última prueba de destreza que debian dar en aquel dia.

Las probabilidades del triunfo estaban de parte de Gilles, pues debia disparar el primero, y por lo tanto la ansiedad de los amigos de Matren, y particularmente la del posadero, crecian á cada movimiento de Cantiprat, que con el arco tendido apuntaba, sin atreverse á disparar por temor de perder el tiro. Los treinta mil espectadores guardaban profundo silencio; Gilles hizo un terrible esfuerzo y disparó. La flecha hendió el aire silbando, y quedó clavada en el mástil, al mismo pié de la paloma. El silencio continuó, Guillermo Matren armó su arco, apuntó por breves instantes, disparó, y cayó la paloma. Un aplauso general resonó, y Guillermo se quedó erguido, recibiendo los parabienes de aquel numeroso concurso.

El presidente se acercó al vencedor; abrió de

nuevo el reglamento del duque Wenceslao, y leyó en voz alta.

9.ª El que derribe la última paloma será proclamado REY DEL BLANCO.

El anciano juez cerró el libro, se descubrió el rostro, imitándole sus compañeros, y con voz solemne esclamó:

—Guillermo Matren, en nombre del pueblo de Bruselas te proclamo REY DEL BLANCO.

Un nuevo aplauso respondió á las palabras del anciano; este abrió el libro segunda vez y leyó:

10.ª El que se ha declarado REY DEL BLANCO montará en una soberbia carroza, para el efecto preparada, y será en ella paseado por todos los barrios de Bruselas.

Hizo el anciano una señal, y de la posada de Jorge salió un hermoso carro triunfal, forrado de terciopelo carmesí bordado de oro y doradas todas las maderas; tirado por ocho yeguas blancas, conducidas por ocho robustos palafreneros, con vestidos nuevos de ricas y preciosas telas. Guillermo subió á esta carroza, y el anciano prosiguió su lectura.

11.ª Se le dará una comitiva de oficiales y de criados en todo igual á la de un príncipe: debiendo ir vestidos de nuevo con vistosas telas de seda.

A otra señal del presidente se presentó una numerosa comitiva, que representaba los varios oficiales de palacio, como monteros, caballerizos y chamberlanes, con muchedumbre de lacayos, la cual rodeó enteramente la carroza: el anciano siguió leyendo.

12.ª Se le presentarán alhajas, telas, adornos y juguetes, para que los vaya distribuyendo á sus conocidos y amigos.

Los maceros, por órden del anciano, se aprocsimaron el armario, sacaron de él dos grandes cajas que contenian los artículos enunciados en el párrafo antecedente, y la pusieron en la carroza á disposicion de Matren. El juez prosiguió su lectura.

13.ª EL REY DEL BLANCO podrá reunir á sus amigos y servirles el mas espléndido banquete, costeado de los fondos de la ciudad.

Cerró el anciano juez el libro, y alzando la voz dijo á Guillermo:

—REY DEL BLANCO, estás en el pleno ejercicio de tus privilegios y funciones.

—¡Viva el REY DEL BLANCO! esclamaron un gran número de circunstantes, con el entusiasmo que producen todas las fiestas populares en la confusa muchedumbre.

Al clamoreo siguió el silencio, esperando todos ansiosos ver á quien ofrecia Guillermo los primeros dones, que manifestaban en cierto modo la importancia de su papel. El jóven mandó guiar la carroza hácia la posada de su padre, y cuando estuvo prócsimo al balcon, se quitó del dedo una sortija bastante rica, la entregó á uno de sus chamberlanes y este la presentó humildemente á la encantadora María. El pueblo prorumpió en nuevos vivas, y Gonzaga murmuró entre dientes:

—Perro, perro, vas á poseer la muger mas hermosa de todo el ducado de Brabante.

Guillermo se dirigió despues hácia el estrado, tomó una larga espada de madera con empuñadura dorada, la entregó á su caballerizo mayor, el cual la presentó al momento al bizarro príncipe D. Juan. El pueblo se quedó confuso, contemplando la pesada burla que el héroe de la fiesta hacia al gobernador general: Gonzaga iba á precipitarse sobre el portador del juguete; pero el príncipe le detuvo, tomó con noble continente aquella espada de madera, quien tan bien sabia manejar las de acero, y alzando la voz dijo:

—Caballero Felipe de Marnis, tened la bondad de acercaros.

Felipe de Marnis que ocupaba uno de los últimos bancos, se levantó apresuradamente y acercándose al príncipe dijo:

—Señor, ¿qué manda V. A?

—Recibid, Felipe, esta espada, que por mi conducto os ofrece Guillermo Matren, REY DEL BLANCO: y ¡vive Dios! Felipe de Marnis, que sois muy digno de llevarla.

El público tenia necesidad de aplaudir y aplaudió las palabras del príncipe, principalmente por ir dirigidas al furibundo calvinista. Felipe vaciló un instante y D. Juan añadió:

—¿No me considerais, Felipe de Marnis, persona bastante autorizada?

El señor de Santaldegonde tomó la espada y el príncipe continuó con bondad.

—Ya estás servido, Guillermo Matren; puedes proseguir tu camino.

Guillermo quedó fascinado por la mirada del austriaco, que caia á plomo sobre él, y emprendió su marcha seguido de la bulliciosa muchedumbre.

CAPITULO XII.

EL BANQUETE.

ADJUDICADO el premio del blanco, la muchedumbre, que poblaba la gran plaza del Arenal, se apresuró á desalojarla; siguiendo unos el triunfal cortejo del afortunado REY DEL BLANCO, y distribuyéndose los otros, ya para salir á su encuentro, ya para solazarse en banquetes y tomar parte en los saraos, mas ó menos aristocráticos, que pululaban por do quier. Tambien el príncipe D. Juan, el ayuntamiento y la comitiva bajaron del magnífico estrado, por dirigirse á las casas capitulares y disfrutar del mas opípar banquete y el espléndido sarao que habia tenido lugar hasta entonces en la capital del Brabante.

La casa del ayuntamiento, inmenso edificio de piedra, llama la atencion del viajero por su régia magnificencia y su remota antigüedad. Rica en estátuas y esculturas, alza su torre gigantesca, como un ciprés su altiva copa, y desafía al palacio real guardadora de los privilegios de una ciudad favorecida por sus antignos soberanos. En un magnífico salon, colgado de damasco verde y primorasamente alfombrado, se veia una mesa de forma oval, á la que podian sentarse doscientas personas con el mayor desembarazo. En el centro de esta gran mesa se alzaba una torre de plata, de seis piés de altura, primorosamente afiligranada, y en cuyo zócalo se leian estos siete ilustres apellidos: Tserroclofs, Tserhuigs, Slceux, Cauemberch, Tswertz, Royembuchs y Steenweghe; apellidos de las siete familias nobles entre las cuales el gobernador elejia los siete regidores hidalgos de la municipalidad de Bruselas. En los cuatro lados de la torre estaban escritos de relieve varios privilegios concedidos por los antiguos duques de Brabante á la ciudad, y en las armas estaban los bustos de los duques que mas beneficios habian dispensado al pais. A una distancia proporcionada de esta torre, se alzaban otras dos no tan altas, y caprichosamente formadas con flores de varios matices y de delicados perfumes. A igual distancia de estas torres se elevaban otras dos mas bajas, obra maestra del mas acreditado confitero de la ciudad, en las cuales, por una fina galantería, se encontraban representados varios pasages de la rebelion de los moriscos, sofocada por los esfuerzos del jóven príncipe D. Juan. En los estremos de la mesa estaban otras dos torres mas iguales en un todo á las segundas, que embalsamaban el ambiente y completaban el número siete: número sagrado y cabalístico para los habitantes de Bruselas; cuya ciudad, como hemos dicho, tiene siete puertas, siete principales iglesias, siete familias nobles, antiguas y privilegiadas, siete regidores del comun y el número siete en todas partes. La bajilla de plata cincelada era magnífica y completa, y estaba rodeada la mesa de cómodos y ricos sillones; distinguiéndose particularmente los que ocupaban los testeros.

Un gran número de criados, pintorescamente vestidos, poblaban aquellos salones, y entre todos se distinguia un paje sin pelo de barba, pero con luenga cabellera ensortijada con esmero. Vestia este paje anchas truzas de seda azul, medias encarnadas, coleto amarillo y una faja de siete colores, que ceñia su breve cintura, y cuyos estremos colgaban adornados de flecos de oro. La hermosura del jóven paje nada tenia de varonil, á no ser la noble altivez que sus grandes ojos revelaban. Melancólico y distraido, cuidaba poco de los preparativos del festin, y esperaba con impaciencia que los convidados llegaran. Sus deseos, aunque muy ardientes, se vieron en breve cumplidos, empezando á entrar la comitiva con el príncipe á la cabeza. Dos regidores, encargados del buen órden de la funcion, condujeron al gobernador al principal testero de la mesa y le hicieron tomar asiento: el paje se colocó inmediatamente á la espalda del bizarro príncipe, apoyó la mano en el respaldo de su sillon, é inclinándose hácia D. Juan ahogó un melancólico suspiro, pronto á escaparse de sus labios. A la derecha del gobernador tomó asiento el señor obispo de Lieja, y á la izquierda Mandulecet, embajador, como hemos dicho de S. M. cristianísima. Frente al príncipe colocaron al respetable nuncio apostólico, á su derecha tomó asiento el burgo-maestre de la ciudad, y á su izquierda el señor abad de San Gilain, uno de los miembros mas respetables y respetados de los Estados generales. Los demás se fueron sentando segun el órden de gerarquía, quedando juntos, por combinacion ó por acaso, Felipe de Marnis y el formidable concejal, nuestro amigo maesse Cornelio, y frente de ellos Octavio Gonzaga y el prudente Juan de Escobedo. A la puerta del edificio se quedó la guardia del príncipe, rodeada de un innumerable gentío.

Pedida la venia á D. Juan, empezaron á servir la sopa, suculenta y condimentada segun el estilo de entonces, pero sin duda apetitosa, pues los mas de los convidados le hacian los honores de un modo muy satisfactorio para el cocinero que habia sabido confeccionarla. Vinieron despues de la sopa un salmon, traido de Cantabria, y un enorme pedazo de buey, que hubiera podido disputar lo *gordo* al tan nombrado de Paris. El apetito de los circunstantes, no disminuido con la sopa, se cebó en estos dos manjares, y cuentan curiosos cronistas, que del salmon quedó la espina y del trozo de buey la bandeja en que habia sido presentado. Calmada el hambre, se despertó un tanto la sed, y empezaron las libaciones, observando el curioso cronista á que nos referimos poco antes, que la mayor parte fueron hechas con vino de Málaga y Jerez; "mas en estima, son sus palabras, por su fortaleza y buen sabor," notando todos con asombro que D. Juan no quiso probarlo, y que bebió solamente agua, servida por el pajecillo de que llevamos hecha mencion.

—¿Qué os parece, maese Cornelio, dijo el señor de Santaldegonde, la conducta del gobernador?

—¿De qué me hablais, Felipe de Marnis?

—¿De qué he de hablaros?

—Ya comprendo: ¿quereis que recuerde la morisqueta que os jugó dándoos una espada de palo? No teneis motivo de queja: con una mano la tomó de Guillermo Matren, con otra la entregó á Felipe de Marnis; no pudo ser mas generoso.

Felipe se mordió los labios, pero respondió festivamente:

—No me acordaba de esa broma; pero sí os llamaba la atencion, porque he notado que D. Juan no ha probado el vino, y sí bebido una copa de agua, servida por aquel pajecillo.

—¿Y eso qué prueba?

—Mucho.

—Sepamos.

—¿Conoceis á ese pajecillo?

—Creo que no.

—Ese pajecillo es un muchacho que ha traido de España D. Juan.

—¡Bah!

—Atendedme.

—Ya escucho.

—Y desconfiando el gobernador del ayuntamiento de Bruselas, lo ha traido al festin para que le sirva, como veis: siendo de notar que el pajecillo ha probado el agua antes de entregársela al príncipe.

—¿Y eso qué prueba?

—Que os cree capaces de envenenarlo.

—Motivos tiene para ello.

El armero miró á Felipe con ojos de reconvencion, y el señor de Santaldegonde bajó su mirada impasible ante la de un hombre valiente que, sin

querer al príncipe D. Juan, despreciaba á un vil asesino.

—¿Has reparado, Juan de Escobedo, en Felipe de Marnis? preguntó Gonzaga al secretario.

—Sí, repuso Juan de Escobedo.

—¿Y en la conversacion que ha seguido con maese Cornelio?

—Tambien.

—Me parece que el buen calvinista no ha quedado muy satisfecho de las respuestas del herrero?

—Pienso como tú.

—¿Y has reparado, Juan de Escobedo, en aquel pajecito que sirve tan asíduamente á D. Juan?

—Sí, Gonzaga.

—¿Podrá el príncipe fiarse de él?

—Su semblante tiene el candor de una doncella.

—Pero sus ojos fieros y rasgados, revelan el valor de un hombre.

—Me inspira simpatía, Gonzaga.

—De todo sospecho, Escobedo.

Seis pavos asados ó rellenos, que tanto no dice el cronista, rodeados de gallinas cebadas, como una clueca de sus pollos; seis gruesos lomos de ternera, y doce lenguas con cuarenta y ocho perdices en salsa negra ó escabeche, interrumpieron la conversacion de los dos amigos, despertando el buen apetito de Gonzaga, hasta punto que creyó imposible las traiciones en una mesa tan espléndidamente servida.

El señor embajador de Francia, que, aunque agudísimo diplomático, se habia comido una buena lonja de buey y bebido una gran copa de Jerez, sin reparar que eran de orígen castellano, se columpió un poco en el sillon, como hombre que ha comido bien, y dijo al príncipe.

—Señor, ¿qué le parecen á V. A. los festejos de la ciudad?

—Me parece que se divierten.

—Y es necesario convenir, interrumpió donosamente el señor obispo de Lieja, en que los banquetes presentados por el ayuntamiento de Bruselas son tan enemigos de la continencia como de la gula aliados.

—A pesar de su esplendidez, dijo D. Juan, que solo habia probado la sopa, presentando la copa al paje, que se la llenó al punto de agua; puede un buen cristiano ser sóbrio.

—V. A. está dando el ejemplo.

—Razon bastante, señor obispo para que no tenga imitadores.

—¿Tan en desacuerdo se halla V. A. con los buenos pueblos del Brabante? interrumpió el señor embajador de Francia, levantando un poco la voz.

El paje se inclinó hacia el austriaco y murmuró;

—D. Juan, prudencia.

—Lejos de estar desavenido con los buenos pueblos del Brabante, me hallo en la mayor armonía con los diputados del pais. ¿No es así, señores diputados?

Esta inesperada pregunta hizo que dejaran los cuchillos muchos miembros de los Estados generales, aficionados á trinchar, quedándose con la boca abierta; pues muy pocos habian escuchado las palabras del gobernador general. El príncipe quiso sacarlos de aquella especie de estupor, y repitió:

—Decia, señores, que entre los Estados generales y yo, reina la mayor armonía.

Los diputados se miraban unos á otros, interrogándose múdamente, hasta que el abad de San Gilain se levantó y dijo:

—Escelso príncipe, los diputados del pais han recibido varias pruebas del recto modo de proceder de V. A. y de la constante buena fé con que lleva á cabo sus empeños.

—Agradezco, señor abad, la manifestacion que habeis hecho. En la iglesia de Santa Gudula, y ante un pueblo inmenso, respondí á las peticiones de los Estados generales, con la franqueza de un soldado y buena fé de un caballero: el pueblo aprobó mi conducta, aplaudiendo, y ahora confirman los Estados lo que el pueblo sancionó entonces. Os doy gracias, señor abad; pues en una iglesia ó un banquete conviene dejar consignado que los Estados generales y el gobernador D. Juan de Austria, están en perfecta armonía.

—Propongo, señores, que bebamos á la salud de D. Juan de Austria: dijo el nuncio, llenando una copa de delicioso *lacrima Cristi*.

Todas las copas se llenaron, y D. Juan, levantando la suya, que permanecia llena de agua, dijo:

—Y yo en tanto beberé, señores, por la prosperidad del Brabante.

Todas las copas se vaciaron menos la de Felipe de Marnis, que no quiso desocupar la suya en obsequio del noble príncipe.

Esta escena, promovida de intento por el embajador de Francia, con idea de ecsasperar el ánimo del príncipe, habia tenido un resultado en apariencia poco conforme con sus deseos, pero nada probaba en verdad, pues los que aceptaban entonces la esplícita manifestacion del abad de San Gilain, no renunciarian á sus tramas y combatirian al austriaco con mas astucia y mas ardor. El baron de Hesse, el conde de Lalain y otros, ocultaban así mejor el golpe de mano dispuesto, y poco les importaba ponerse en manifiesta contradicion entre sus hechos y palabras.

Este brindis abrió el apetito, no muy amortiguado hasta entonces, y los despedazados pavos sufrieron una terrible acometida; perdiendo en ella las pechugas, empapadas perfectamente en manteca y especiería. Desaparecieron los pavos, quedaron mermadas las gallinas, los lomos de ternera reducidos á la mas pequeña espresion, y mutiladas las perdices; pero el diligente cocinero supo reparar estas pérdidas, presentando seis enormes jamones cocidos, dos centenares de chuletas, unas docenas de faisanes y unas tortillas á la flamenca, sustanciosas y delicadas.

Satisfecha se encontraba el hambre de los señores convidados, pero se despertó su gula á la vista de estas municiones de boca, y dieron principio á un nuevo asalto, menos violento á la verdad, pero que produjo tambien la demolicion de tan formidable ciudadela.

El cocinero habia cumplido su mision y el repostero salió al campo, trayendo de vanguardia una docena de pasteles de hígado de ganso, émulo de los célebres de Perigot; seis ricas empanadas de truchas, y otro gran número de pastas, mas ó menos alimenticias, bautizadas con nombres bárbaros, segun dice el sabio cronista, como la mayor parte de los manjares que probaran estos discípulos de Avicena. No debió quedar disgustado el entendido repostero de la brillantísima acogida que dispensaron á sus obras, pues desaparecieron seis pasteles, tres empanadas y porcion de las demás pastas; aunque no con tanta rapidez como los platos de cocina, porque aquellos habian dejado satisfecha hasta la gula de los mas hambrientos gastrónomos.

No enumerarémos las libaciones hechas en los intermedios de los manjares, ni referiremos tampoco las distintas conversaciones que los convidados emprendian, pues el cronista no las refiere, aunque se dice con marcado tono de misterio. Conviene dejar consignadas estas palabras que el conde de Lalain dijo á su amigo el baron de Hesse, por la relacion que tuvieron con acontecimientos posteriores. Dijo el conde:

—Me parece, baron, que tarda nuestro hombre.

—¿Quién?

—El rey del blanco.

—No faltará.

—¿Estais seguro?

—Jorje Matren cumple fielmente sus palabras.

No pasaron mas adelante, y el repostero presentó jaletinas, cremas, pastelillos de varias clases, almíbares de varias frutas, y cuantas golosinas se usaban en el siglo décimo-sesto en todas las cortes de Europa. Nada dejaba que apetecer tan rica coleccion de dulces, y sin embargo, los convidados se mostraron mucho mas sóbrios que con los manjares suculentos; siendo el nuncio de su Santidad el que mas hizo los honores á este epílogo del festin.

Entre los doscientos convidados se distinguieron dos personas, el gobernador por su sobriedad y maese Cornelio por su singular glotonería. El príncipe habia comido poco y bebido agua solamente; el armero por el contrario, no habia perdonado manjar, y desocupó sendas botellas de vinos franceses, españoles, napolitanos y alemanes. Sin embargo, maese Estraten no daba señales de embriaguez, y conversaba con Felipe de Marnis, que no ocultaba su impaciencia.

—¿Habeis entendido, maesse Cornelio? decia Felipe á media voz. El mismo príncipe de Orange.

—Os entiendo perfectamente. No me han trastornado los licores, y os daré una prueba al momento. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, quiere mandar en el Brabante como en Holanda y Zelanda: quiere disponer de nuestras fortunas y de nuestras viñas: desea que olvidemos la religion de nuestros padres para seguir la de Calvino: que seamos rebeldes á Felipe II, rey de España, para convertirnos en vasallos de un reyezuelo improvisado. Esto quiere Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y Felipe de Marnis le secunda como poderoso ausiliar.

—¿Me parece que estais borracho?

—Puede ser, pero....

El príncipe se levantó; todos los demás convidados siguieron su ejemplo, y la conversacion de Felipe con maesse Cornelio Estraten quedó interrumpida por entonces.

CAPITULO XIII.

EL PAJE.

Nos trasladamos á otro salon de las casas consistoriales, mas estenso que el anterior, y pintado al fresco de una manera caprichosa. La bóveda semejaba un cielo velado por ligeras nubes, entre las cuales aparecia la luna llena; pero colocada con tal arte, que mientras plateaba unos parages con su luz pura y apacible, quedaban otros en la oscuridad de las sombras. Los cuatro muros de la estancia figuraban un mar, una selva, un hermoso templo y una gruta. En el primero se veia una flota tripulada por amorcillos, que se disputaban el premio en una especie de regata. Venus, reclinada en su concha y medio cubierta de espuma, agitaba un carcax y un arco, primorosamente dorado, que recibiria como premio el afortunado vencedor. Las suaves tintas de este cuadro aparecian mas suaves iluminadas por la blanda luz de la luna. En la segunda varias corzas, jabalíes y cabras monteses, huian de las ninfas de Diana, en tanto que la altiva diosa contemplaba á Endímion dormido á la inmediacion de una fuente. La luna bañaba este grupo, dejando lo demás de la selva en imponente oscuridad. El templo, que era el de la Fama, aparecia sobre una colina de áspera y difícil pendiente. Estaba adornado de estátuas, de bustos y bajos relieves, al pié de los cuales se leian nombres de héroes, como Alejandro; de historiadores, como Tito Livio; de grandes poetas, como Homero; de legisladores, como Solon; de filósofos, como Aristóteles; de matemáticos, como Arquímedes; de pintores como Rafael; de escultores como Miguel Angel; de arquitectos, como el gran Herrera, y de médicos como Esculapio. Este templo despedia un fulgor muy superior al de la luna, y alumbrándose con su luz propia rechazaba la luz estraña. En la gruta se veian los cíclopes, afanados en forjar rayos para Júpiter, presididos por el dios Vulcano, que agitaba un enorme martillo con todas las fuerzas de un gigante. Este cuadro estaba alumbrado por el rojo fuego de la fragua.

Era el pavimento de mármol, pero estaba cubierto con una alfombra de Persia blanca, y bordada de pájaros y flores. Jarrones de pórfido colocados bajo los alfeizares de las ventanas, impregnaban el aire con los perfumes de varias plantas aromáticas, y una gran lucerna transparente alumbraba con claridad suave aquel magnífico salon. Las banquetas eran de demasco carmesí ornadas con franjas de oro.

Las damas mas nobles y bellas de la capital del Brabante se iban presentando, vestidas con una esquisita elegancia; distinguiéndose entre todas ellas la hermana del baron de Hesse por su hermosura y atavío. Enriqueta, que así se llamaba, contaba ya